

Las despidió en la puerta, y las dijo que al otro día llegaría a casa a la hora del almuerzo.

«Y ahora, que hago yo?»

Fué mirándolo todo con suma detención, como aquel que se va para siempre.

Cuando entró en el olivar y llegó al primer árbol le temblaron las piernas y cayó de rodillas.

«¡Santo Dios de los cielos, amparadme, amparadme!»

Y rezó brevemente y después besó el tronco con ternura infinita. Uno a uno fué besándolos todos como padre amoroso, que se despidió de sus hijos. Era todavía tarde cuando regresaba a la choza. Se sentó en el sitio de siempre, bajo el árbol gigante.

«Este eucalipto,—dijo imprimiéndole un beso—lo plantó aquí mi abuelo. Esta finca tan grande la compró también él con los cuartos que ahorrara de servir con los amos. Se la dieron a plazos y a desquite en jornales y el día que terminó como señal de gracia puso aquí el eucalipto. Mi padre plantó ese, el día del casamiento—y le besó también—Y este otro, el tercero; este le puse yo al igual que mi padre, en el día de mi boda. Mi abuelo arrancó a la pobreza de servir el dolor, y fué amo. Mi padre, descuajó por entero la tierra, y se hizo mediano. ¿Y yo?, ¿qué hice yo por el bien de los míos?».

Nuevamente se doblaron sus piernas y cayó de rodillas.

«¡Ay Señor, la petaca, las cartas, el café, el copeo y las risas, arruinaron mi casa!»

Y de pronto, se irguió, y entró adentro en la choza y sacó una palanca, una azada con el astil muy largo y una cesta muy vieja con botellas y cartas. Junto al árbol primero del abuelo, abrió un hoyo profundo. Hincóse nuevamente de rodillas, se descubrió, rezó una oración y besó aquella tierra. Seguidamente fué echando en el hoyo, la petaca, el librito de papel, el mechero, el pedernal y el eslabón, la baraja y las botellas de coñac y de aguardiente, y lo enterró después. «Ahora—dijo—a no volver a mirar más pa to esto y a luchar de verdad y a levantarse».

Y cuando lo hubo hecho, sintió que a sus espaldas un señor le abrazaba fuertemente.

—¡Muy bien!—oyó que le decía—Ese es el único camino de triunfar, de rescatar la tierra y redimirse. ¡Vamos a casa, y de allí a pagar la hipoteca! Esta tierra seguirá siendo tuya, pero con la condición de no desenterrar más ninguna de las cosas que enterraste hace un rato.

RUFINO DELGADO



En serio y en broma

Es hoy uso común entre las gentes literatas coger un diccionario, y elaborar a modo de inventario de los vocablos raros e infrecuentes.

Los míseros mortales nos tragamos cuanto quieren servirnos, y es notorio que entre tanto arrecife y promontorio todos o casi todos naufragamos.

Mas, ¡cualquiera se atreve con los usos de los gigantes! ¡Buena la armarias! Hay que seguir zampando sus difusos literatismos, por no ser obtusos; y, por ir a la moda en nuestros días, escribiremos en galimatías.

Invisible ladrón, nuevo Aladino sin lámpara, recluta de la Historia; soplamocos genial de estirpe doria, duende calamocano y peregrino.

Cuerda tirante, aleve en el camino de la noche sonámbula, cisoria de dos mundos en lucha perentoria por un grano de anís, por un comino.

Fuente Juvencia en límites marcianos, letal abrevadero de naciones que, jubilosas, frótanse las manos. ¡Rueden los artilugios e invenciones! Cronos sonrío. Físicos, protones... ¿y qué será de tirios y troyanos?

Sólo falta que el crítico sagrado afirme que esto es canela fina, y veremos a más de un «enterado» tomarse por lenguado una sardina.

EUGENIO PAYO

Don Joaquín Rosado Munilla

Su rostro, barba aguda y ojos escrutadores tras de unos caramelos curiosos escondidos. Su espíritu es un verbo de tonos encendidos que exalta la Cultura con química de flores...

Su corazón es cátedra de amores y dolores. Su actividad es misa de todos los sentidos. Todas las ciencias tienen en su ambición latidos: todos los sueños llevan en él sus resplandores.

Bajo sus plantas hierva la tierra estremecida, porque hizo el Sacrificio modelo de su vida y en gozos de su sangre santificó su lar.

Una vejez enérgica corona su existencia; su ejemplo nos impulsa tras él, y en su presencia nos arrodilla el alma su voz como un altar.

MANUEL DELGADO FERNANDEZ